

FÁBULA V.

EL FILÓSOFO Y EL RÚSTICO.

La del alba sería
A meditar al campo solitario,
En lo hermoso y lo vario,
Que á la luz de la aurora nos enseña
Naturaleza, entónces más risueña.
Distraído sin senda caminaba,
Cuando llegó á un cortijo, donde estaba
Con un martillo el Rústico en la mano,
En la otra un milano,
Y sobre una portátil escalera.
«¿Qué haces de esa manera?»
El Filósofo dijo.
«Castigar á un ladrón de mi cortijo,
Que en mi corral ha hecho más destrozos
Que todos los ladrones en Torozos.
Le clavo en la pared... ya estoy contento...
Sirve á toda tu raza de escarmiento.—
»El matador es digno de la muerte,
El Sabio dijo, mas si de esa suerte
El milano merece ser tratado,
¿De qué modo será bien castigado
El hombre sanguinario, cuyos dientes
Devoran á infinitos inocentes,
Y cuenta como misera su vida,
Si no hace de cadáveres comida?
Y áun tú, que así castigas los delitos,
Cenarias anoche tus pollitos.—
Al mundo le encontramos de este modo,
Dijo airado el patán. Y sobre todo,
Si lo mismo son hombres que milanos,
Guárdese no le pille entre mis manos.»
El Sabio se dejó de reflexiones.
*Al tirano le ofenden las razones
Que demuestran su orgullo y tiranía;
Mientras por su sentencia cada día
Muere, viviendo él mismo impunemente,
Por menores delitos otra gente.*

FÁBULA VI.

LA PAVA Y LA HORMIGA.

Al salir con las yuntas
Los criados de Pedro,
El corral se dejaron
De par en par abierto.
Todos los pavipollos
Con su madre se fueron,
Aquí y allí picando,
Hasta el cercano otero.
Muy contenta la Pava
Decía á sus polluelos:
«Mirad, hijos, el rastro
De un copioso hormiguero.
Ea, comed hormigas,
Y no tengais recelo,
Que yo también las como:
Es un sabroso cebo.
Picad, queridos míos:
¿Oh qué días los nuestros,
Si no hubiese en el mundo
Malditos cocineros!
Los hombres nos devoran,
Y todos nuestros cuerpos
Humean en las mesas
De nobles y plebeyos.
A cualquier fiestecilla
Ha de haber pavos muertos.
¿Qué pocas navidades
Contaron mis abuelos!
¿Oh glotonas humanas,
Cruelles carniceros!»
Mientras tanto una Hormiga
Se puso en salvamento
Sobre un árbol vecino
Y gritó con denuedo:
«¡Hola! con que los hombres
Son cruelses, perversos:

¿Y qué seréis los pavos!
¿Ay de mí! ya lo veo:
A mis tristes parientes,
¿Qué digo! á todo el pueblo
Sólo por desayuno
Os le vais engullendo.»
No respondió la Pava
Por no saber un cuento,
Que era entónces del caso,
Y ahora viene á pelo.
Un gusano roía
Un grano de centeno:
Viéronlo las Hormigas:
«¿Qué gritos! ¿Qué aspavientos!
«Aquí fué Troya, dicen:
Muere, pícaro perro!»
Y ellas ¿qué hacían? Nada:
Robar todo el granero.
*Hombres, Pavos, Hormigas,
Segun estos ejemplos,
Cada cual en su libro
Esta moral tenemos.
La falta leve en otro
Es un pecado horrendo;
Pero el delito propio
No más que pasatiempo.*

FÁBULA VII.

EL ENFERMO Y LA VISION.

«¿Con que, de tus recetas exquisitas,
Un Enfermo exclamó, ninguna alcanza?...»
El médico se fué sin esperanza,
Contando por los dedos sus visitas.
Así desengañado,
Y creciendo por horas su dolencia,
De este modo examina su conciencia:
«En todos mis contratos he logrado,
»No lo niego, ganancia muy segura;
Trabajé en calcular mis intereses:
Aumenté mi caudal en pocos meses,
Más por felicidad que por usura.
»Sin rencor ni malicia
Hice que á mi dendor pusiesen preso:
Murió pobre en la cárcel, lo confieso;
Mas, en fin, es un hecho de justicia.
»Si por cierto instrumento
Reduje una familia muy honrada
A pobreza extremada,
Algún día leerán mi testamento.
»Entónces, muerto yo, se hará patente,
En la tierra lo mismo que en el cielo,
Para alivio de pobres y consuelo,
Mi caridad ardiente.»
Una Vision se acerca y dice: «Hermano,
La esperanza condeno
Del que aguarda á morir para ser bueno.
Una acción de piedad está en tu mano:
»Tus prójimos, según sus oraciones,
Están necesitados:
Para ser remediados
Han menester siquiera cien doblones.—
»¿Cien doblones! No es nada.
Y si, porque Dios quiera, no me muero,
Y despues me hace falta ese dinero,
Sería caridad bien ordenada?—
»Avaro, ¿te resistes? Pues al cabo
Te anuncio que tu muerte está cercana.—
¿Me muero? Pues que esperen á mañana.»
La Vision se volvió sin un ochavo.

FÁBULA VIII.

EL CAMELLO Y LA PULGA.

Al que ostenta valimiento
Cuando su poder es tal,
Que ni influye en bien ni en mal,
Le quiero contar un cuento.
En una larga jornada
Un camello muy cargado

Exclamó, ya fatigado:
«¿Oh qué carga tan pesada!»
Doña Pulga, que montada
Iba sobre él, al instante
Se apea, y dice arrogante:
«Del peso te libro yo.»
El Camello respondió:
«Gracias, señor elefante.»

FÁBULA IX.

EL CERDO, EL CARNERO Y LA CABRA.

Poco ántes de morir el corderillo
Lame alegre la mano y el cuchillo
Que han de ser de su muerte el instrumento,
Y es feliz hasta el último momento.
Así, cuando es el mal inevitable,
Es quien ménos preve más envidiable.
Bien oportunamente mi memoria
Me presenta al Lechón de cierta historia.
Al mercado llevaba un carretero
Un Marrano, una Cabra y un Carnero.
Con perdón, el Cochino
Clamaba sin cesar en el camino:
«¿Esta sí que es miseria!
Perdido soy, me llevan á la feria.»
Así gritaba; mas ¡con qué gruñidos!
No dió en su esclavitud tales gemidos
Hécuba la infelice.
El carretero al gruñidor le dice:
«¿No miras al Carnero y á la Cabra,
Que vienen sin hablar una palabra?—
¡Ay, señor, le responde, ya lo veo!
Son tontos y no piensan. Yo preveo
Nuestra muerte cercana.
A los dos por la leche y por la lana
Quizá no matarán tan prontamente;
Pero á mí, que soy bueno solamente
Para pasto del hombre... no lo dudo:
Mañana comerán de mi menudo.
Adios, pocilga; adios, gamella mía.»
Sutilmente su muerte preveía;
Mas ¿qué lograba el pensador Marrano?
Nada, sino sentirla de antemano.
*El dolor ni los ayes es seguro
Que no remediarán el mal futuro.*

FÁBULA X.

EL LEÓN, EL TIGRE Y EL CAMINANTE.

Entre sus fieras garras oprimía
Un Tigre á un Caminante.
A los tristes quejidos al instante
Un León acudió: con bizarría
Lucha, vence á la fiera, y lleva al hombre
A su régia caverna. «Toma aliento,
Le decía el León; nada te asombre;
Soy tu libertador; estáme atento.
¿Habrá bestia sañuda y enemiga
Que se atreva á mi fuerza incomparable?
Tú puedes responder, ó que lo diga
Esa pintada fiera despreciable.
Yo, yo solo, monarca poderoso,
Domino en todo el bosque dilatado.
¿Cuántas veces la onza y áun el oso
Con su sangre el tributo me han pagado!
Los despojos de pieles y cabezas,
Los huesos que blanquean este piso
Dan el más claro aviso
De mi valor sin par y mis proezas.—
Es verdad, dijo el hombre, soy testigo:
Los triunfos miro de tu fuerza airada,
Contemplo á tu nación amedrentada;
Al librarme venciste á mi enemigo.
En todo esto, señor, con tu licencia,
Sólo es digna del trono tu clemencia.
Sé benéfico, amable,
En lugar de despótico tirano;
Porque, señor, es llano
Que el monarca será más venturoso

Cuanto hiciere á su pueblo más dichoso.—
»Con razon has hablado;
Y ya me causa pena
El haber yo buscado
Mi propia gloria en la desdicha ajena.
En mis jóvenes años
El orgullo produjo mil errores,
Que me los ha encubierto con engaños
Una córte servil de aduladores.
*»Ellos me aseguraban de concierto
Que por el mundo todo
No reinan los humanos de otro modo;
Tú lo sabrás mejor; dime, ¿y es cierto?»*

FÁBULA XI.

LA MUERTE.

Pensaba en elegir la reina Muerte
Un ministro de Estado:
Le quería de suerte
Que hiciese floreciente su reinado.
El Tabardillo, Gota, Pulmonía
Y todas las demas enfermedades,
Yo conozco, decía,
Que tienen excelentes calidades.
Mas ¿qué importa? La Peste, por ejemplo,
Un ministro sería sin segundo;
Pero ya por inútil la contemplo,
Habiendo tanto médico en el mundo.
Uno de éstos elijo... Mas no quiero,
Que están muy bien premiados sus servicios
Sin otra recompensa que el dinero.
Pretendieron la plaza algunos vicios,
Alegando en su abono mil razones.
Consideró la Reina su importancia,
Y despues de maduras reflexiones,
El empleo ocupó la Intemperancia.

FÁBULA XII.

EL AMOR Y LA LOCURA.

Habiendo la Locura
Con el Amor reñido,
Dejó ciego de un golpe
Al miserable niño.
Venganza pide al cielo
Vénus, mas ¡con qué gritos!
Era madre y esposa:
Con esto queda dicho.
Querébase á los dioses,
Presentando á su hijo:
¿De qué sirven las flechas,
De qué el arco á Cupido,
Faltándole la vista
Para asestar sus tiros?
Quítense las alas
Y aquel ardiente cirio,
Si á su luz ser no pueden
Sus vuelos dirigidos.
Atendiendo á que el ciego
Siguiese su ejercicio,
Y á que la delincuente
Tuviese su castigo,
Júpiter, presidente
De la asamblea, dijo:
«Ordeno á la Locura,
Desde este instante mismo,
Que eternamente sea
De Amor el lazarrillo.»

LIBRO SÉPTIMO.

FÁBULA PRIMERA.

EL RAPOSO ENFERMO.

El tiempo, que consume de hora en hora
Los fuertes murallones elevados,
Y lo mismo devora
Montes agigantados,

A un Raposo quitó de día en día
Dientes, fuerza, valor, salud; de suerte
Que él mismo conocía
Que se hallaba en las garras de la muerte.

Cercado de parientes y de amigos,
Dijo en trémula voz y lastimera:
«¡Oh vosotros, testigos
De mi hora postrera,
»Atentos escuchad un desengaño!
Mis ya pasadas culpas me atormentan;
Ahora, conjuradas en mi daño,
¿No veis cómo á mi lado se presentan?
»Mirad, mirad los gansos inocentes
Con su sangre teñidos,
Y los pavos en partes diferentes,
Al furor de mis garras, divididos.

»Apartad esas aves que aquí veo,
Y me piden sus pollos devorados:
Su infernal cacareo
Me tiene los oídos penetrados.»

Los raposos le afirman con tristeza,
No sin lamerse labios y narices:
«Tienes debilitada la cabeza;
Ni una pluma se ve de cuanto dices.

»Y bien lo puedes creer, que si se viese...—
¡Oh glotonos! callad; ya, ya os entiendo,
El enfermo exclamó; ¡si yo pudiese
Corregir las costumbres cual pretendo!

»No sentis que los gustos,
Si son contra la paz de la conciencia,
Se cambian en disgustos?
Tengo de esta verdad gran experiencia.
»Expuestos á las trampas y á los perros,
Matais y perseguís á todo trapo,
En la aldea gallinas, y en los cerros
Los inocentes lomos del gazapo.

»Moderad, hijos míos, las pasiones;
Observad vida quieta y arreglada,
Y con buenas acciones
Ganaréis opinión muy estimada.—

»Aunque nos convirtamos en corderos,
Le respondió un oyente sentencioso,
Otros han de robar los gallineros
A costa de la fama del Raposo.

»Jamás se cobra la opinión perdida:
Esto es lo uno. A más, ¡usted pretende
Que mudemos de vida?
Quien malas mañas ha... ya usted me entiende.—

»Sin embargo, hermanito, crea, crea...
El enfermo le dijo. Mas ¡qué sientol...
¿No oís que una gallina cacarea?
Esto sí que no es cuento.»

Adios, sermon; escápase la gente.
El enfermo orador esfuerza el grito:
«Os vais, hermanos? Pues tened presente
Que no me haría daño algun pollito.

FÁBULA II.

LAS EXEQUIAS DE LA LEONA.

En su régia caverna, inconsolable
El rey leon yacía,
Porque en el mismo día
Murió; cruel dolor! su esposa amable.
A palacio la corte toda llega,
Y en fúnebre aparato se congrega.
En la cóncava gruta resonaba
Del triste rey el doloroso llanto;
Allí los cortesanos entre tanto
Tambien gemían, porque el rey lloraba;
Que si el viudo monarca se riera,
La corte lisonjera
Trocara en risa el lamentable paso.
Perdone la difunta: voy al caso.
Entre tanto sollozo
El ciervo no lloraba, yo lo creo;
Porque, lleno de gozo,
Miraba ya cumplido su deseo.
La tal reina le había devorado
Un hijo y la mujer al desdichado,
El ciervo, en fin, no llora;

El concurso lo advierte:

El monarca lo sabe, y en la hora
Ordena con furor darle la muerte.
«¡Cómo podré llorar, el ciervo dijo,
Si apenas puedo hablar de regocijo?
Ya disfruta, gran rey, más venturosa,
Los Eliseos Campos vuestra esposa:
Me lo ha revelado, á la venida,
Muy cerca de la gruta aparecida.
Me mandó lo callase algun momento,
Porque gusta mostreis el sentimiento.»
Dijo así; y el concurso cortésano
Aclamó por milagro la patraña.
El ciervo consiguió que el soberano
Cambiasse en amistad su fiera saña.

Los que en la indignacion han incurrido
De los grandes señores,
A veces su favor han conseguido
Con ser aduladores.

Mas no por esto advierte
Que el medio sea justo; pues es cierto
Que á más principes vicia
La adulacion servil que la malicia.

FÁBULA III.

EL POETA Y LA ROSA.

Una fresca mañana,
En el florido campo
Un Poeta buscaba
Las delicias de mayo.
Al peso de las flores
Se inclinaban los ramos,
Como para ofrecerse
Al huésped solitario.

Una Rosa lozana,
Moviada al aire blando,
Le llama, y él se acerca,
La toma, y dice ufano:
«Quiero, Rosa, que vayas
No más que por un rato
A que la hermosa Clori
Té reciba en su mano.

Mas no, no, pobrecita;
Que si vas á su lado,
Tendrás de su hermosura
Unos celos amargos.
Tu suave fragancia,
Tu color delicado,
El verdor de tus hojas
Y tus pimpollos caros
Entre estas florecillas
Pueden ser alabados:

Mas junto á Clori bella,
Es locura pensarlo.
Marchita, cabizbaja,
Te irías deshojando,
Hasta parar tu vida
En un desnudo cabo.»

La Rosa, que hasta entonces
No despegó sus labios,
Le dijo, resentida:
«Poeta chabacano,
Cuando á un héroe quieras
Coronar con el lauro,
Del jardín de sus hechos
Has de cortar los ramos.

»Por labrar su corona,
No es justo que tus manos
Desnuden otras sienas
Que la virtud y el mérito adornaron.»

FÁBULA IV.

EL BUHO Y EL HOMBRE.

Vivia en un granero retirado
Un reverendo Bicho, dedicado
A sus meditaciones,
Sin olvidar la caza de ratones.
Se dejaba ver poco, mas con arte;

FÁBULA VII.

DEMETRIO Y MENANDRO.

Si te falta el buen nombre,
Fabio, en vano presumas
Que en el mundo te tengan por grande hombre,
Sin más que por tus galas y perfumes.
Demetrio el Faleriano se apodera
De Atenas, y aunque fué con tiranía,
De agradable manera
Los del vulgo le aclaman á porfía.
Los grandes y los nobles distinguidos
Con fingido placer la mano besan
Que los tiene oprimidos;
Aun á los que en el ocio se embelesan
Y á la poltrona gente
Los arrastra el temor al cumplimiento.
Con ellos va Menandro juntamente,
Dramático escritor de gran talento,
Cuyas obras leyó, sin conocerle,
Demetrio. Con perfumes olorosos
Y pasos afectados entra. Al verle
Llegar entre los tardos perezosos,
El nuevo Archonte prorumpió, enojado:
«¿Con qué valor se pone en mi presencia
Ese hombre afeminado?—
Señor, le respondió la concurrencia,
Es Menandro el autor.» Al punto muda
De semblante el tirano:
Al escritor saluda,
Y con grata expresion le da la mano.

FÁBULA VIII.

LAS HORMIGAS.

Lo que hoy las Hormigas son,
Eran los hombres antaño:
De lo propio y de lo extraño
Hacian su provision.
Júpiter, que tal pasion
Notó de siglos atras,
No pudiendo aguantar más,
En hormigas los trasformó:
Ellos mudaron de forma;
¿Y de costumbres? Jamas.

FÁBULA IX.

LOS GATOS ESCRUPULOSOS.

A las once y aún más de la mañana
La cocinera Juana,
Con pretexto de hablar á la vecina,
Se sale, cierra, y deja en la cocina
A Micifuf y Zapiron hambrientos.
Al punto, pues no gastan cumplimientos
Gatos enhambrecidos,
Se avanzan á probar de los cocidos.
«¡Fuf, dijo Zapiron, maldita olla!
¿Cómo abrasa! Veamos esa polla
Que está en el asador lejos del fuego.»
Ya tambien escaldado, desde luego
Se arrima Micifuf, y en un instante
Muestra cada trinchante
Que en el arte cisoria, sin gran pena,
Pudiera dar lecciones á Villena.
Concluido el asunto,
El señor Micifuf tocó este punto.
Utrum si se podia ó no en conciencia
Comer el asador. «¡Oh qué demencia!
Exclamó Zapiron en altos gritos,
¿Cometer el mayor de los delitos!
¿No sabes que el herrero
Ha llevado por él mucho dinero,
Y que, si bien la cosa se examina,
Entre la batería de cocina
No hay un mueble más serio y respetable?
Tu pasion te ha engañado, miserable.»
Micifuf en efecto
Abandonó el proyecto;
Pues eran los dos Gatos

Al Gran Turco imitaba en esta parte.
El dueño del granero
Por azar advirtió que en un madero
El pájaro nocturno
Con gravedad estaba taciturno.
El Hombre le miraba y se reía;
«¡Qué carita de pasena! le decía;
¿Puede haber más ridiculo visaje?
Vaya, que eres un raro personaje.
¿Por qué no has de vivir alegremente
Con la pájara gente,
Seguir desde la aurora
A la turba canora
De jilgueros, calandrias, ruiseñores,
Por valles, fuentes, árboles y flores!—
Piensas á lo vulgar, eres un necio,
Dijo el solemne Bicho con desprecio:
Mira, mira, ignorante,
A la sabiduria en mi semblante:
Mi aspecto, mi silencio, mi retiro,
Aun yo mismo lo admiro.
Si rara vez me digno, como sabes,
De visitar la luz, todas las aves
Me siguen y rodean: desde luego
Mi mérito conocen, no lo niego.—
¿Ah tonto presumido,
El Hombre dijo así: ten entendido
Que las aves, muy lejos de admirarte,
Te siguen y rodean por burlarte.
De ignorante orgulloso te motejan.
Como yo á aquellos hombres que se alejan
Del trato de las gentes,
Y con extravagancias diferentes
Han llegado á doctores en la ciencia
De ser sabios no más que en la apariencia.»
De esta suerte de locos
Hay hombres como buhos, y no pocos.

FÁBULA V.

LA MONA.

Subió una Mona á un nogal,
Y cogiendo una nuez verde,
En la cáscara la muerde:
Con que la supo muy mal.
Arrojóla el animal,
Y se quedó sin comer.
Así suele suceder
A quien su empresa abandona,
Porque halla, como la mona,
Al principio qué vencer.

FÁBULA VI.

ESOPO Y UN ATENIENSE.

Cercado de muchachos
Y jugando á las nueces,
Estaba el viejo Esopo
Más que todos alegre.
«¡Ah pobre! ya chochea»,
Le dijo un Ateniese.
En respuesta, el anciano
Coge un arco que tiene
La caerdá floja, y dice:
«Ea, si es que lo entiendes,
Dime, ¿qué significa
El arco de esta suerte?»
Lo examina el de Atenas,
Pienso, cavilla, vuelve,
Y se fatiga en vano.
Pues que no lo comprende.
El frigio victorioso
Le dijo: «Amigo, advierte
Que romperás el arco
Si está tirante siempre;
Si flojo, ha de servirte
Cuando tú lo quisieras.»
Si al ánimo estudioso
Algun recreo dieran,
Volverá á sus tareas
Mucho más útilmente.

De suerte timoratos,
Que si el diablo, tentando sus pasiones,
Les pusiese asadores á millones
(No hablo yo de las pollas), ó me engaño,
O no comieran uno en todo el año.

LA MISMA FÁBULA DE OTRO MODO.

¡Qué dolor! por un descuido
Micifuf y *Zapiron*
Se comieron un capon,
En un asador metido.
Después de haberse lamido,
Trataron en conferencia
Si obrarían con prudencia
En comerse el asador.
¿Le comieron? No señor.
Era caso de conciencia.

FÁBULA X.

EL ÁGUILA Y LA ASAMBLEA DE LOS ANIMALES.

Todos los animales cada instante
Se quejaban á Júpiter tonante
De la misma manera
Que si fuese un alcalde de montera.
El Dios, y con razon, amostazado
Viéndose importunado,
Por dar fin de una vez á las querellas,
En lugar de sus rayos y centellas,
De receptor envía desde el cielo
Al Águila rapante, que de un vuelo
En la tierra juntó los animales,
Y expusieron en suma cosas tales.
Pidió el leon la astucia del raposo;
Este de aquél lo fuerte y valeroso;
Envidia la paloma al gallo fiero;
El gallo á la paloma lo ligero.
Quiere el sabueso patas más felices,
Y cuenta como nada sus narices.
El galgo lo contrario solicita;
Y en fin, cosa inaudita,
Los peces, de las ondas ya cansados,
Quiere poblar los bosques y los prados;
Y las bestias, dejando sus lugares,
Surcar las olas de los anchos mares.
Después de oírlo todo,
El Águila concluye de este modo:
«Ves, maldita caterva impertinente,
Que entre tanto viviente
De uno y otro elemento,
Pues nadie está contento,
No se encuentra feliz ningún destino?
Pues ¿para qué envidiar el del vecino?»
Con solo este discurso,
Aun el bruto mayor de aquel concurso
Se dió por convencido.

De modo que es sabido
Que ya sólo se matan los humanos
En envidiar la suerte á sus hermanos.

FÁBULA XI.

LA PALOMA.

Un pozo pintado vió
Una paloma sedienta:
Tiróse á él tan violenta,
Que contra la tabla dió.
Del golpe, al suelo cayó,
Y allí muere de contado.
De su apetito guiado,
Por no consultar al juicio,
Así vuela al precipicio
El hombre desenfrenado.

FÁBULA XII.

EL CHIVO AFEITADO.

«Vaya una quisicosa,
Si aciertas, Juana hermosa,

Cuál es el animal más presumido,
Que rabia por hacerse distinguido
Entre sus semejantes,
Te he de regalar un par de guantes.
No es el pavon, ni el gallo,
Ni el leon, ni el caballo;
Y así, no me fatigues con demandas.—
¿Será tal vez... el mono?—Cerca le andas.—
¿El mico?—Que te quemas;
Pero no acertarás: no, no lo temas.
Déjalo, no te canses el caletre.
Yo te diré cuál es: el *Petimetre*.»
Este vano orgulloso
Pierde tiempo, doblones y reposo
En hacer distinguida su figura.
No pára en los adornos su locura;
Hace estudio de gestos y de acciones
A costa de violentas contorsiones;
De perfumes va siempre prevenido;
No quiere oler á hombre ni en descuido.
Que mire, marche ó hable,
En todo busca hacerse *remarcable*.
¿Y qué consigne? Lo que todo necio:
Cuanto más se distingue, más desprecio.
En la historia siguiente yo me fundo.
Un Chivo, como muchos en el mundo,
Vano extremadamente,
Se miraba al espejo de una fuente.
«¡Qué lástima, decía,
Que esté mi juventud y lozanía
Por siempre disfrazada
Debajo de esta barba tan poblada!
¿Y cuándo? Cuando en todas las naciones
No tienen ni aun bigotes los varones;
Pues ya cuentan que son los moscovitas,
Si barbones ayer, hoy señoritas.
¡Qué cabrunos estilos tan groseros!
A bien que estoy en tierra de barberos.»
La historia fué en Tetuan, y todo el día
La barberil guitarra se sentía,
El Chivo fué, guiado de su tono,
A la tienda de un mono,
Barberillo afamado,
Que afeitó al señorito de contado.
Sale barbilampión á la campaña.
Al ver una figura tan extraña,
No hubo perro ni gato
Que no le hiciese burla al mentecato.
Los chivos le desprecian de manera,
Que no hay más que decir. ¡Quién lo creyera!
Un respetable macho
Dicen que se rió como un muchacho.

LIBRO OCTAVO.

Á ELISA.

FÁBULA PRIMERA.

EL NAUFRAGIO DE SIMÓNIDES.

En tanto que tus vanas compañeras,
Cercadas de galanes seductores,
Escuchan placenteras
En la escuela de Venus los amores,
Elisa, retirada te contemplo
De la diosa Minerva al sacro templo.
Ni eres menos donosa,
Ni menos agraciada
Que Clori, ponderada
De gentil y de hermosa;
Pues, Elisa divina, ¿por qué quieres
Huir en tu retiro los placeres?
¡Oh sábia, qué bien haces
En estimar en poco la hermosura,
Los placeres fugaces,
El bien que sólo dura
Como rosa que el ábrego marchita!
Tu prudencia infinita
Busca el sólido bien y permanente
En la virtud y ciencia solamente.
Cuando el tiempo implacable con presteza,
O los males tal vez inopinados,

Se lleven la hermosura y gentileza,
Con lágrimas estériles llorados
Serán aquellos días que se fueron
Y á juegos vanos tus amigas dieron;
Pero á tu bien estable
No hay tiempo ni accidente que consuma:
Siempre serás feliz, siempre estimable.
Eres sábia, y en suma
Este bien de la ciencia no perece.
Oye cómo esta fábula lo explica,
Que mi respeto á tu virtud dedica.
Simónides en Asia se enriquece,
Cantando á justo precio los loores
De algunos generosos vencedores.
Este sabio poeta, con desseo
De volver á su amada patria Ceo,
Se embarca, y en la mar embravecida
Fué la misera nave sumergida.
De la gente á las ondas arrojada,
Sale quien diestro nada,
Y el que nadar no sabe
Fluctúa en las reliquias de la nave.
Pocos llegan á tierra, afortunados,
Con las naufragas tablas abrazados.
Todos cuantos el oro recogieron,
Con el peso abrumados, perecieron.
A Cleómone van. Allí vivía
Un varon literato, que leía
Las obras de Simónides, de suerte
Que al conversar los naufragos, advierte
Que Simónides habla, y en su estilo
Le conoce; le presta todo asilo
De vestidos, criados y dineros;
Pero á sus compañeros
Les quedó solamente por sufragio
Mendigar con la tabla del naufragio.

FÁBULA II.

EL FILÓSOFO Y LA PULGA.

Meditando á sus solas cierto día,
Un pensador Filósofo decía:
«El jardín adornado de mil flores,
Y diferentes árboles mayores,
Con su fruta sabrosa enriquecidos,
Tal vez entretejidos
Con la frondosa vid que se derrama
Por una y otra rama,
Mostrando á todos lados
Las peras y racimos desgajados,
Es cosa destinada solamente
Para que la disfruten libremente
La oruga, el caracol, la mariposa:
No se persuaden ellos otra cosa.
»Los pájaros sin cuento,
Burlándose del viento,
Por los aires sin dueño van girando.
El milano cazando
Saca la consecuencia:
Para mí los crió la Providencia.
El cangrejo, en la playa envanecido,
Mira los anchos mares, persuadido
A que las olas tienen por empleo
Sólo satisfacerle su desseo,
Pues cree que van y vienen tantas veces
Por dejarle en la orilla ciertos peces.
No hay, prosigue el Filósofo profundo,
Animal sin orgullo en este mundo.
El hombre solamente
Puede en esto alabarse justamente.
»Cuando yo me contemplo colocado
En la cima de un risco agigantado,
Imagino que sirve á mi persona
Todo el cóncavo cielo de corona.
Veo á mis pies los mares espaciosos,
Y los bosques umbrosos,
Poblados de animales diferentes,
Las escamosas gentes,
Los brutos y las fieras,
Y las aves ligeras,
Y cuanto tiene alimento

I, Ps, XVIII,

En la tierra, en el agua y en el viento,
Y digo finalmente: Todo es mio.
¡Oh grandeza del hombre y poderío!»
Una Pulga que oyó con gran cachaza
Al Filósofo maza,
Dijo: «Cuando me miro en tus narices,
Como tú sobre el risco que nos dices,
Y contemplo á mis pies aquel instante
Nada ménos que al hombre dominante,
Que manda en cuanto encierra
El agua, viento y tierra,
Y que el tal poderoso caballero
De alimento me sirve cuando quiero,
Concluyo finalmente: Todo es mio.
¡Oh grandeza de Pulga y poderío!»
Así dijo, y saltando se le ausenta.
De este modo se enfrenta
Aun al más poderoso
Cuando se muestra vano y orgulloso.

FÁBULA III.

EL CAZADOR Y LOS CONEJOS.

Poco antes que esparciese
Sus cabellos en hebras
El rubicundo Apolo
Por la faz de la tierra,
De cazador armado,
Al soto Fabio llega.
Por el nudoso tronco
De cierta encina vieja
Sube para ocultarse
En las ramas espesas.
Los incautos conejos
Alegres se le acercan.
Uno del verde prado
Igualaba la yerba;
Otro, cual jardinero,
Las florecillas siega;
El tomillo y romero
Este y aquél cercenan;
Entre tanto al más gordo
Fabio su tiro asesta;
Dispara, y al estruendo
Se meten en sus cuevas
Tan repentinamente,
Que á muchos pareciera
Que, salvo el muerto, á todos
Se los tragó la tierra.
Después de tanto espanto,
¿Habrá alguno que crea
Que de allí á poco rato
La tímida caterva,
Olvidando el peligro,
Al riesgo se presenta?
Cosa extraña parece,
Mas no se admiren de ella.
¿Acaso los humanos
Hacen de otra manera?

FÁBULA IV.

EL FILÓSOFO Y EL FAISAN.

Llevado de la dulce melodía
Del cántico variado y delicioso
Que en un bosque frondoso
Las aves forman, saludando al día,
Entró cierta mañana
Un sabio en los dominios de Diana,
Sus pasos esparcieron el espanto
En la agradable estancia;
Interrumpese el canto;
Las aves vuelan á mayor distancia;
Todos los animales, asustados,
Huyen delante de él precipitados,
Y el Filósofo queda
Con un triste silencio en la arboleda.
Marcha con canto paso ocultamente;
Descubre sobre un árbol eminente
A un Faisan, rodeado de su cría,

Que con amor materno la decía:
«Hijos míos, pues ya que en mis lecciones
Largamente os hablé de los milanos,
De los buitres y halcones,
Hoy hemos de tratar de los humanos.
La oveja en leche y lana
Da abrigo y alimento
Para la raza humana,
Y en agradecimiento
A tan gran bienhechora,
La mata el hombre mismo y la devora.
A la abeja, que labra sus panales
Artificiosamente,
La roba, come, vende sus caudales,
Y la mata en ejércitos su gente.
¿Qué recompensa, en suma,
Consigue al fin el ganso miserable
Por el precioso bien, incomparable,
De ayudar á las ciencias con su pluma?
Le da muerte temprana el hombre ingrato,
Y hace de su cadáver un gran plato.
Y pues que los humanos son peores
Que milanos y azores
Y que toda perversa criatura,
Huiréis con horror de su figura.»
Así charló, y el hombre se presenta.
«Ése es», grita la madre, y al instante
La familia volante
Se desprende del árbol y se ausenta.
¡Oh cómo habló el Faisán! Mas ¡qué dijera
El Filósofo exclama, si supiera
Que en sus propios hermanos
La ingratitud ejercen los humanos!

FÁBULA V.

EL ZAPATERO MÉDICO.

Un inhábil y hambriento Zapatero
En la corte por médico corría;
Con un contraveneno que fingía
Ganó fama y dinero.
Estaba el Rey postrado en una cama,
De una grave dolencia;
Para hacer experiencia
Del talento del médico, le llama.
El antídoto pide, y en un vaso
Finge el Rey que le mezcla con veneno:
Se lo manda beber; el tal Galeno
Teme morir, confiesa todo el caso,
Y dice que sin ciencia
Logró hacerse doctor de grande precio
Por la credulidad del vulgo necio.
Convoca el Rey al pueblo. «¿Qué demencia
Es la vuestra, exclamó, que habeis fiado
La salud francamente
De un hombre á quien la gente
Ni aun quería fiarle su calzado!»
*Esto para los crédulos se cuenta,
En quienes tiene el charlatan su renta.*

FÁBULA VI.

EL MURCIÉLAGO Y LA COMADREJA.

Cayó, sin saber cómo,
Un Murciélago á tierra;
Al instante le atrapa
La lista Comadreja.
Clamaba el desdichado,
Viendo su muerte cerca.
Ella le dice: «Muere;
Que por naturaleza
Soy mortal enemiga
De todo cuanto vuela.»
El avechucho grita,
Y mil veces protesta
Que él es ratón, cual todos
Los de su descendencia.
Con esto ¡qué fortuna!
El preso se liberta.

Pasado cierto tiempo,
No sé de qué manera,
Segunda vez le pilló:
El nuevamente ruega;
Mas ella le responde
Que Júpiter la ordena
Tenga paz con las aves,
Con los ratones guerra.
«¿Soy yo ratón acaso?
Yo creo que estás ciega.
¿Quieres ver cómo vuelo?—
En efecto, le deja,
Y á merced de su ingenio
Libre el pájaro vuela.
*Aquí aprendió de Esopo
La gente marinera,
Murciélagos que fingien
Pasaporte y bandera.
No importa que haya pocos
Ingleses comadreja;
Tal vez puede de un riesgo
Sacarnos una treta.*

FÁBULA VII.

LA MARIPOSA Y EL CARACOL.

Aunque te haya elevado la fortuna
Desde el polvo á los cuernos de la luna,
Si hablas, Fabio, al humilde con desprecio,
Tanto como eres grande serás necio.
¿Qué! ¿te irritas? ¿Te ofende mi lenguaje?
«No se habla de ese modo á un personaje.»
Pues haz cuenta, señor, que no me oíste,
Y escucha á un Caracol. Vaya de chiste.
En un bello jardín, cierta mañana,
Se puso muy ufana
Sobre la blanca rosa
Una recién nacida Mariposa.
El sol resplandeciente
Desde su claro oriente
Los rayos esparcía;
Ella, á su luz, las alas extendía,
Sólo porque envidiasen sus colores
Manchadas aves y pintadas flores.
Esta yana, preciosa de belleza,
Al volver la cabeza,
Vió muy cerca de sí, sobre una rama,
A un pardo Caracol. La bella dama,
Irritada, exclamó: «¿Cómo, grosero,
A mi lado te acereas? Jardinero,
¿De qué sirve que tengas con cuidado
El jardín cultivado,
Y guardes tu desvelo
La rica fruta del rigor del hielo,
Y los tiernos botones de las plantas,
Si ensucia y come todo cuanto plantas
Este vil Caracol de baja esfera?
O mátales al instante, ó vaya fuera.—
«¿Quién ahora te oyese,
Si no te conociese,
Respondió el Caracol, en mi conciencia,
Que pudiera temblar en tu presencia.
Mas dime, miserable criatura,
Que acabas de salir de la basura,
¿Puedes negar que aun no hace cuatro días
Que gustosa solías
Como humilde reptil andar conmigo,
Y yo te hacia honor en ser tu amigo?
¿No es también evidente
Que eres por línea recta descendiente
De las orugas, pobres hilanderos,
Que, mirándose en cueros,
De sus tripas hilaban y tejían
Un fardo, en que el invierno se metían,
Como tú te has metido,
Y aun no hace cuatro días que has salido?
Pues si éste fué tu origen y tu casa,
¿Por qué tu ventolera se propasa
A despreciar á un Caracol honrado?»
El que tiene de vidrio su tejado,

*Esto logra de bueno
Con tirar las pedradas al ajeno.*

FÁBULA VIII.

LOS DOS TITIRITEROS.

Todo el pueblo, admirado,
Estaba en una plaza amontonado,
Y en medio se empinaba un Titerero,
Enseñando una bolsa sin dinero.
«Pase de mano en mano, les decía;
Señores, no hay engaño, está vacía.»
Se la vuelven; la sopla, y al momento
Derrama pesos duros, ¡qué portento!
Levántase un murmullo de repente,
Cuando ven por encima de la gente
Otro Titiritero á competencia.
Queda en espectación la concurrencia
Con silencio profundo.
Cesó el primero, y empezó el segundo.
Presenta de licor unas botellas;
Algunos se arrojaron hácia ellas,
Y al punto las hallaron trasformadas
En sangrientas espadas.
Muestra un par de bolsillos de doblones;
Dos personas, sin duda dos ladrones,
Les echaron la garra muy ufanos,
Y se ven dos cordeles en sus manos.
A un relator cargado de procesos
Una letra le enseña de mil pesos.
«Sople usted»; sopla el hombre apresurado,
Y le cierra los labios un candado.
A un abate arrimado á su cortejo
Le presenta un espejo,
Y al mirar su retrato peregrino,
Se vió con las orejas de pollino.
A un santero le manda
Que se acerque; le pilló la demanda,
Y allá con sus hechizos
La convirtió en merienda de chorizos.
A un jóven desenvuelto y rozagante
Le regala un diamante:
Este le dió á su dama, y en el punto
Pálido se quedó como un difunto,
Item más sin narices y sin dientes.
Allí fué la rechifla de las gentes,
La burla y la chacota.
El primer Titerero se alborota;
Dice por el segundo con denuedo:
«Ése hombre tiene un diablo en cada dedo,
Pues no encierran virtud tan peregrina
Los polvos de la madre Celestina.
Que declare su nombre.»
El concurso lo pide, y el buen hombre
Entonces, más modesto que un novicio,
Dijo: «No soy el diablo, sino el vicio.»

FÁBULA IX.

EL RAPOSO Y EL PERRO.

De un modo muy afable y amistoso
El Mastín de un pastor con un Raposo
Se solía juntar algunos ratos,
Como tal vez los perros y los gatos
Con amistad se tratan. Cierta día
El Zorro á su compadre le decía:
«Estoy muy irritado;
Los hombres por el mundo han divulgado
Que mi raza inocente ¡qué injusticia!
Les anda circuncirca en la malicia.
¡Ah maldita canalla!
Si yo pudiera...» En esto el Zorro calla,
Y erizado se agacha. «Soy perdido,
Dice, los cazadores he oído,
¿Que me sucede?—Nada.
No temas, le responde el camarada;
Son las gentes que pasan al mercado.
Mira, mira, cuitado,
Marchar haldas en cinta á mis vecinas,
Coronadas con cestas de gallinas,»

No estoy, dijo el Raposo, para fiestas:
Vete con tus gallinas y tus cestas,
Y satiriza á otro. Porque sabes
Que robaron anoche algunas aves,
¿He de ser yo el ladrón?— En mi conciencia,
Que hablé, dijo el Mastín, con inocencia.
¿Yo pensar que has robado gallinero,
Cuando siempre te vi como un cordero?—
¿Cordero! exclama el Zorro; no hay aguante.
Que cordero me vuelva en el instante.
Si he hurtado el que falta en tu majada.—
¡Hola! concluye el Perro, camarada,
El ladrón es usted, según se explica.»
El estuche molar al punto aplica
Al misero Raposo,
Para que así escarmiente el cosquilloso,
Que de las fabulillas se resiente.
Si no estás inocente,
Dime, ¡por qué no bajas las orejas?
Y si acaso lo estás, ¿de qué te quejas?

LIBRO NOVENO.

FÁBULA PRIMERA.

EL GATO Y LAS AVES.

Charlatanes se ven por todos lados,
En plazas y en estrados,
Que ofrecen sus servicios ¡cosa rara!
A todo el mundo por su linda cara.
Este, químico y médico excelente,
Cura á todo doliente;
Pero gratis: no se hable de dinero.
El otro, petimetre caballero,
Canta, toca, dibuja, borda, danza,
Y ofrece la enseñanza
Gratis, por afición, á cierta gente.
Veremos en la fábula siguiente
Si puede haber en esto algun engaño.
La prudente cautela no hace daño.

Dejando los desvanes y rincones,
El señor *Mirrimiz*, gato de maña,
Se salió de la villa á la campaña.
En paraje sombrío,
A la orilla de un río,
De sauces coronado,
En unas matas se quedó agachado.
El Gatazo callaba como un muerto,
Escuchando el concierto
De dos mil avechillas,
Que en las ramas cantaban maravillas;
Pero callaba en vano,
Mientras no se acercaban á su mano
Los músicos volantes; pues quería
Mirrimiz arreglar la sinfonía.
Cansado de esperar, prorrumpe al cabo,
Sacando la cabeza: *Bravo, bravo.*
La turba calla: cada cual procura
Alejarse ó meterse en la espesura;
Mas él les persuadió con buenos modos,
Y al fin logró que le escuchasen todos.
«No soy Gato montés ó campesino;
Soy honrado vecino
De la cercana villa:
Fuí Gato de un maestro de capilla;
La música aprendí, y aun, si me empeño,
Veréis cómo os la enseño,
Pero gratis y en menos de una hora.
¿Qué cosa tan sonora
Será el oír un coro de cantores,
Verbigracia calandrias,ruiseñores!»
Con estas y otras cosas diferentes,
Algunas de las aves inocentes
Con manso vuelo á *Mirrimiz* llegaron:
Todas en torno de él se colocaron.
Entonces con más gracia
Y más diestro que el músico de Tracia,
Echando su compas hácia el más gordo,
Consigue gratis merendarse un tordo.